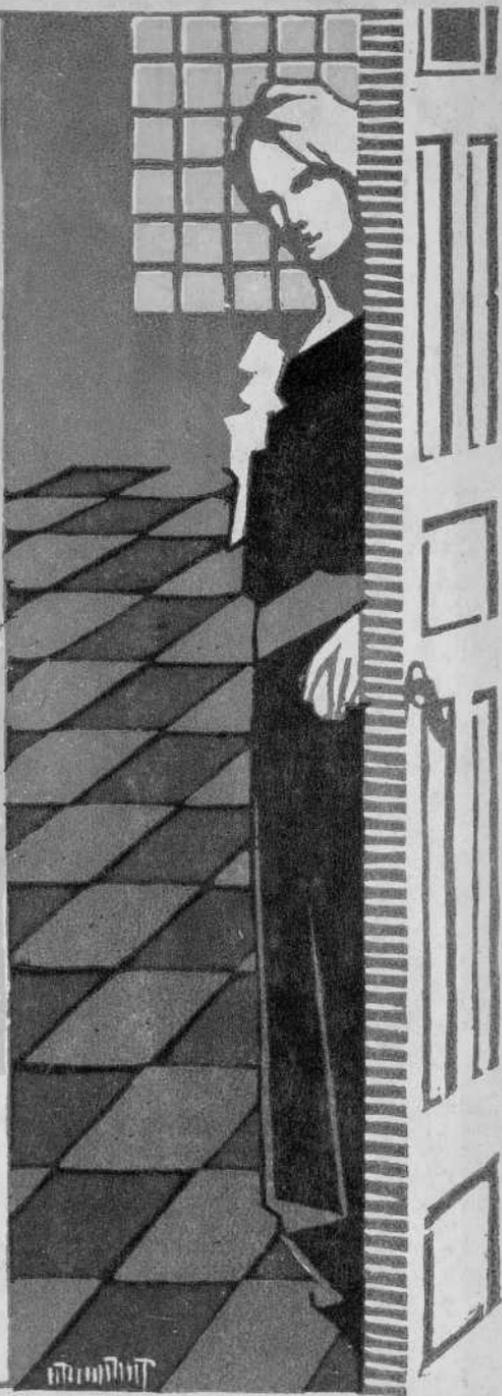


**A
T
D
L
I
E
V
U
L
A
V
A**

**POR
EDUARDO
ARASTI**



EDUARDO ARASTI



10.
DG
COT

A mi querido con-
pañero y amigo entra-
ñable Felipe Ortega,
con la admiración,
carino y agradecimiento
que merece de
Fernando

Vuelta a la Vida

El presente
libro se publica
por el autor con
los derechos reservados

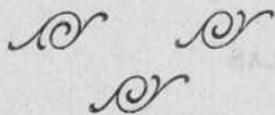
Vuelto a la Vida

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.*

© Eduardo Arasti ©

Vuelta a la Vida

Comedia, en un prólogo y tres actos



" GRÁFICAS "
Nueva Editorial, - E. Quevedo
San Sebastián / Burgos

PERSONAJES

RAFAEL (CARLOS EN EL PRÓLOGO).

ROSALINA

AMELIA.

FERNANDO

DON EMILIO.

DOS DONCELLAS

ÉPOCA ACTUAL.

DERECHA E IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

PRÓLOGO

Gabinete coquetón en casa de Rosalina, querida de Carlos. Es de noche. Rosalina, al alzar el telón, pulsa un timbre.

CARLOS, ROSALINA Y DONCELLA.

DONCELLA

¿Llama la señorita?

ROSALINA

¿Qué hora es?

DONCELLA

Las doce van a dar, señorita.

ROSALINA

Nada más, gracias. Ve a tu sitio... Escucha... ¿Has estado hoy en «Los Rosales»?

DONCELLA

Sí, señorita.

ROSALINA

¿Y qué...?

DONCELLA

Nada ví, señorita. Me dijo un mozo que hace unos cuantos días que no va por allí.

ROSALINA

¿Y la otra?

DONCELLA

Tampoco, señorita. Quise enterarme bien; pero a pesar de mis esfuerzos, no conseguí averiguar más. No debe ser verdad.

ROSALINA

Como si hablase sola.

Sí, es verdad desgraciadamente. La gente murmura muchas veces sin fundamento alguno; las amigas nos prueban su amistad, infinidad de veces también, con cuentos y calumnias, pero en esta ocasión no se han equivocado las gentes, ni las amigas han sabido probarme la amistad.

DONCELLA

Yo creo, con permiso de la señorita, que exagera usted mucho. El señorito Carlos la quiere demasiado para cometer tal infamia.

ROSALINA

De los hombres puede esperarse todo.

DONCELLA

El señorito Carlos es bueno, señorita.

ROSALINA

Igual que todos.

DONCELLA

Todos no son iguales, señorita. Hay mucha diferen-

cía entre aquél D. Alberto, el magistrado, y D. Andrés, el financiero, al señorito Carlos.

ROSALINA

Dios te oiga... Pero no, no. ¡Todos son iguales! ¡Hombres, hombres...! Anda, ve a tu sitio...

DONCELLA

Mande la señorita.

Hay una pausa, Rosalina, inquieta, pasea por la escena. Toma un libro, lo deja, vuelve a cogerlo y, por fin, lee.

ROSALINA

«Y ya era tarde cuando el arrepentimiento llegaba. En su corazón florecía la flor de la bondad; pero el mundo, las gentes, se reían de ella y se marchitaba lentamente».

Deja de leer.

Esa soy yo. ¡Pobre heroína de novela romántica, que por llenar cuartillas y cuartillas, no he podido retirarme a tiempo!

Suena un timbre.

Será él...

Vuelve a la lectura en silencio. Entra Carlos un poquito inseguro.

CARLOS

¿Se estudia, eh?

Rosalina no contesta.

Buenas noches, Rosalina... ¿No quieres contestarme?

Va abrazarla y Rosalina llora.

¿Por qué lloras? ¿Qué te ocurre? ¿Pasa algo? Mimos. ¿no? ¡Ay, chiquilla, chiquilla, qué mal educadita te tengo! Vamos mujer, vamos, no llores, Deja esos libros que te vuelven loca.

La quita el libro.

¿Qué te pasa, muñeca? ¿Te atreves a enfadarte conmigo?

ROSALINA

No tendré razón todavía... Por supuesto, que la culpa es mía, por necia, por quererte, por hacerte caso...

Llora mimosamente.

CARLOS

Vamos, vamos, no llores, no te pongas fea... He venido un poco tarde, lo reconozco; pero no tengo culpa. Los hombres no podemos prescindir de tener compromisos

ROSALINA

Yá lo sé. Los hombres, cuando os encontráis enamorados, o encaprichados, no tenéis compromisos y si los tenéis sabéis muy bien renunciar a ellos; pero cuando ya ha pasado el capricho u os habéis cansado de querer, entonces buscáis los compromisos o los inventáis.

CARLOS

¿Por qué me dices éso? Sabes qué así me ofendes y aún hablas de esa forma. Está bien, Rosalina, está muy bien.

ROSALINA

Claro que está bien, que digo la verdad. En tres años que hace que nos conocemos, en más de dos que vivimos bajo el mismo techo, ¿cuándo has hecho lo que hoy estás haciendo?

CARLOS

Eso te demuestra que son los compromisos los que me obligan a salir de casa, a trasnochar un poco, a ser así... Pero, ¿qué importa ésto? Te quiero y tú lo sabes bien. ¿Por qué importarte, entonces, estas pequeñas cosas mías que no te perjudican ni pueden molestarte?

ROSALINA

Perjudicarme... no lo sé, pero me parece que sí. Y molestarme... ¡Si tu supieses lo que me molestas con tus nuevas acciones, con esa manera de pensar y de ser que te ha transformado en unos meses... Si supieras, Carlos, lo que me molestan tus continuas salidas, tus modernos modales, ese afán de parecer y no ser tu mismo...!

CARLOS

¿Qué dices?

ROSALINA

Que ya no eres el mismo. Que entre aquel Carlos de antes, aquel mal estudiante gracioso y listo, divertido y despreocupado, y el Carlos de hoy, presumido, indiferente y... desagradecido...

CARLOS

¡Rosalina...!

ROSALINA

Y desagradecido, sí, hay una montaña muy alta.

CARLOS

Eso no es verdad.

ROSALINA

Lo es, lo es.

CARLOS

Soy como siempre he sido...

ROSALINA

¡Qué más quisiera yo que verte siempre igual!

CARLOS

Hablas así, porque eres tú la que verdaderamente ha cambiado y ves las cosas de distinta forma.

ROSALINA

Llorando con pena.

También esperaba todo esto... ¡Eres capaz de todo!

CARLOS

¡Rosalina!

ROSALINA

¡De todo, sí, de todo! Y eres mentiroso y farsante; cobarde y hasta...

CARLOS

¡Calla, calla! ¿Qué te propones, qué piensas, quien

crees que soy yo? Habla, por favor, dí de una vez todo lo que guardas, suelta ese veneno que te hace impertinente e intolerable. Dí, ¿qué tienes que decirme, qué quieres? ¡Habla, mujer, habla!

ROSALINA

¡Para qué! ¿Para que te burles? Me figuro cuanto ahora te ocurre y también lo que habrá de ocurrirme a mí después. Pero yo esperaba más nobleza en tí... No creo que yo te haya faltado nunca, que te haya regateado la felicidad con engaños y burlas. Desde el día que nos conocimos en *Doré*, en el cafetucho donde yo bailaba (si bailar era aquello) y tu lanzabas tarde y noche la bolita mágica de la ruleta, yo he sido para tí, tu novia y tu esposa, tu madre y tu hermana, tu amiga cariñosa y leal que te reñía y te mimaba con cariño infinito... Tu también fuiste bueno, cariñoso y leal... Pero de repente has cambiado, como si ya me odiases o me tuvieras lástima; y me desprecias y me insultas y me abofeteas con tu comportamiento.

CARLOS

No llores, Rosalina, no llores; mírame, escúchame un momento... Sí, soy culpable de esas lágrimas que me hacen mucho daño, pero fué un momento de locura, de malos pensamientos, de cobardía, de indecisión... No llores, Rosalina, no llores, que yo te juro que todo pasará sin dejar huella alguna y que volveré a ser el de antes: tu Carlos, tu estudiante travieso. ¡Mírame, Rosalina, sonríeme, no llores...!

ROSALINA

Tranquilamente, se levanta mirando con fijeza a Carlos, como si deseara ahogarlo con los celos que siente.

¿Luego es verdad todo lo que me dicen, todo lo que la gente aseguraba, lo que mis amigas querían? ¿Es posible que sea verdad? ¡No, no, dime que no, que mienten las gentes, que mienten mis amigas, que mientes tú! ¡Dilo, dilol

CARLOS

¿Pero qué es esto? ¿Qué te ocurre, qué te han contado? Calma, cálmate un poco, siéntate, no te pongas así, que parece que te has vuelto loca...

ROSALINA

Sí, loca, muy loca, de rabia, de celos... ¿Lo oyes? De celos. Eres un canalla, un mal hombre, un farsante, que has querido jugar conmigo, aprovecharte del amor que te tengo para despreciarme, rebajarme, vencerme... Anda, vete. ¡Fuera de aquí, de esta casa a donde te trajo el amor, ese amor mío siempre más honrado que el tuyo; farsante, canalla.

Cae en un sillón sollozando.
Hay una pausa.

CARLOS

Con tranquilidad.

Mimos y más mimos. Por supuesto, que tengo yo la culpa, por débil, por quererte como te quiero.

Pausa.

En fin, ¿me echas? Pues me voy... Por lo visto es lo único que te propones, que me vaya. Yéndome yo, tú, es claro, tienes ancho campo para tus acciones. Yo te estorbo ya... Necesitas algo nuevo... Nuestra unión, hecha por un capricho tuyo, te parece una esclavitud... y tú no has nacido para esclava... Está bien... Adiós, Rosalína.

ROSALINA

Nerviosa, pálida, escupe más que habla.

¡Eres un perfecto canalla, un cínico! Sí, eso es, un cínico...

CARLOS

¡Te advierto...!

ROSALINA

No, no me adviertas nada... Todo cuanto dirías no valdría la pena de mi atención... Pero escucha... Ya que tu estás tranquilo, yo no quiero ser menos y vamos a charlar un poco. Siéntate.

Se sientan muy distantes.

CARLOS

Ya podías venir un poco más cerca.

ROSALINA

Yo estoy bien.

CARLOS

Ya lo comprendo; pero yo estaría mejor así...

Acerca su silla a la de ella.

ROSALINA

No nos burlemos, Carlos. Te suplico que hablemos serios, tranquilamente.

CARLOS

Habla.

ROSALINA

Mírame bien. Frente a frente. ¿Es verdad que tienes relaciones con una señorita?

CARLOS

¿Quién te ha dicho esas cosas?

ROSALINA

No no nos importa quién. Tú respóndeme. ¿Es verdad?

CARLOS

¡No seas chiquilla, ni hagas caso de lo que hablan las gentes, ya sabes que...

ROSALINA

Respóndeme, ¿es verdad?

CARLOS

Chica, parece que estoy de exámenes, que sería te pones.

ROSALINA

¡Sí, es verdad! Lamentablemente, tienen razón las habladurías. Pero quiero oírlo de tus labios, quiero que seas tú quien me diga: sí, tengo relaciones con

una señorita y pienso abandonarte porque quiero casarme.

Pausa.

¿Es verdad todo eso?

Pausa

¿Callas?

Carlos está vencido, cambia su semblante alegre y tranquilo, queda silencioso con la vista en tierra.

¡Sí, es verdad, es verdad!

Rosalina llora delicadamente, sin convulsiones, como si se resignase a su desgracia. Carlos la ve llorar y casi llora él. Es un momento de emoción, de vergüenza y de lástima para él. Hay una pausa. Después, Carlos, lentamente, mimosamente, se acerca a Rosalina suplicando perdón.

CARLOS

Perdón. Perdóname... Te he engañado, lo confieso; pero no ha sido por maldad, sino por cobardía... He querido hablarte, decírtelo mil veces, y cuando llegaba la ocasión, cuando ya me disponía a decírtelo, un nudo grueso se me ponía en la garganta, parecía que se me paraba el corazón, y concluía por decir: ¡mañana, mañana!

Pausa.

Perdóname y no me juzgues como un canalla, como un mal hombre. Te quiero mucho, muchísimo, como a mí mismo, tal vez más; pero es la vida la que nos

empuja a las acciones, la que nos lleva a las cobardías y la que nos deja sin ilusiones, sin entusiasmos y sin amor. No llores, Rosalina... Perdóname y escucha. Ya sé que no valgo ni lo que una lágrima tuya; pero por eso que soy débil, que soy pobre, debes escucharme, debes tenerme compasión y no lastimarme con ofensas. Deja de llorar, lo suplico, lo imploro. Seca tus lágrimas y escúchame.

ROSALINA

¡Si supieras el mucho mal que has hecho, no tendrías fuerzas ni para suplicar...! Pero tú no eres capaz de conocerlo... Habla, habla cuanto desees, pero pronto, ¡pronto!

CARLOS

Quisiera que me escuchases tranquilamente, sin odios. Ya te he suplicado que me perdones, que olvides. Te suplico ahora, como quieras, en la actitud que te parezca más pobre para mí, que me escuches como se escuchan las razones, como se escucha al reo, como se atiende al niño.

ROSALINA

¡Habla, habla!

CARLOS

Siéntate aquí, que estemos muy cerquita. Hay momentos en que se debe hablar muy bajo, para que las almas se oscuchen con atención, con cariño; para que el soplo de divinidad que tienen purifique nuestras

ruindades, nuestros egoísmos y nuestras cobardías. Siéntate cerca, Rosalina. Aquí, junto a mí, para que nuestras voces hagan una sola y se queden en tu corazón, ¡Pobre Rosalina! ¡Y también pobre de mí! De mí sobre todo, Rosalina, que no he sabido contestar a esta primera llamada del amor; que he mecido a mi espíritu en la pobreza egoísta de los hombres. Me ha ocurrido igual que al hombre que conocí de protagonista en un cuento que leí hace tiempo. Aquél hombre quería ser feliz y tenía los medios para serlo; pero le faltaba el valor, la verdadera hombría de no mirar al mundo, de desoir sus murmuraciones y sus egoísmos. Así soy yo. Tengo la felicidad junto a mí. ¡Te tengo a tí, Rosalina, a tí, que sé que vales para mí lo que nadie me podrá dar nunca: amor, juventud, fidelidad, entusiasmo, placer... Pero soy miedoso, pobre, esclavo de unas leyes crueles... Por eso vamos a separarnos. Tal vez no deba hacerlo, pero la vida puede más que yo. ¡Perdóname, perdóname!

ROSALINA

Ya te perdono, ¡qué remedio! Es mi vida: perdonar y ¡siempre perdonar! Hoy a tí, mañana a otro. Somos nosotras la ultrajadas; las vencidas, y siempre tenemos que guardar un poco de bondad para los burladores, para vosotros...

CARLOS

No es mía la culpa. Es la vida la que nos hace ser así; egoistas. Yo quisiera ser siempre el que he sido: el estudiante alegre y despreocupado que quiere contra todo y por todo... ¡Cuánto daría por tener en mi espíritu la alegría que llevaba cuando te conocí; aquella noche que, sin saber por qué, nos fuimos juntos por las calles tranquilas y paramos aquí, en este hotel lujoso que tantas veces alegraron tus risas.

ROSALINA

¡Oh, si hubieras querido continuar el mismo!

CARLOS

¡Ya lo sé! Pero tuve un momento de debilidad, uno de esos momentos que las gentes marcadas de honabilidad, llaman de honradez, de realidad, y sin darme cuenta cambié, me ví vencido, sin fuerzas para comunicarte mi última decisión.

ROSALINA

¿Luego me abandonas?

CARLOS

No; abandonarte, no. Nadie puede abandonar fácilmente a un amor, a un recuerdo grato, a una idealidad vivida. Pero me voy... No te pongas así. Ya sé que te hago daño, que no debiera comportarme de esta forma, que no debo llegar a esta solución. Todo somos un poco egoistas y tal vez yo lo sea como nadie lo ha sido. Pero debo hablarte con crudeza, que es toda la verdad.

ROSALINA

¡Bienvivan siempre las mentiras!

Pulsa un timbre.

CARLOS

¡Bienvivan siempre, sí! Que la verdad es dolorosa
y no hace más que mal.

DONCELLA

Entrando.

¿Llaman los señores?

ROSALINA

Acompaña al señor.

Sale la doncella.

CARLOS

¿Me echas?

ROSALINA

No; te despido, solamente.

CARLOS

¡Esto es echarme como a los criados!

ROSALINA

No; es despedirte como a los recuerdos.

CARLOS

Pero todavía no me has comprendido las razones
que me han impulsado a...

ROSALINA

¡Las razones! ¡Ja, ja, ja! ¡Razones! ¿El egoísmo tie-

ne alguna razón? ¿Y qué es toda tu razón más que un egoísmo? Vives feliz, contento y entretenido, haciéndome juguete tuyo, mientras tu vida de diversión necesita besos y placer; mientras tú, fuera de unas leyes morales y civiles vives como puedes: del robo... sí, del robo, que eso al fin y al cabo es el juego, Vives al margen de la sociedad, sin trabajar, abandonando tu carrera de Leyes y cambiándola por la de golfo... Tú, entonces, necesitas una mujer que te entretenga, que te luzca, que... ¡te dé de comer! Y ahora que te das cuenta de tu pobreza espiritual, ahora que notas el fango que pesa sobre tí, quieres regenerarte, limpiarte; y para eso, me desprecias, me cambias por otra, como si yo ya fuese un mueble viejo que no tiene ni venta.

CARLOS

No es eso, no...

ROSALINA

Sí. eso es... Pero no merece la pena de seguir discutiendo. ¡Harto pobre eres tú, que necesitas cambiar el amor, la verdadera felicidad, por una venta miserable!

CARLOS

¡Rosalina!

ROSALINA

¡Venta miserable, repito! ¿Qué es sinó eso? ¿O es que quieres a esa señorita que se permite el lujo de comprarte? Haces bien. Hoy, en ese mundo nuevo a

donde vas a entrar, se usa mucho eso. Podrás presentarte como un hombre. Graciosa paradoja.

CARLOS

Te ruego que no sigas hablando así. Me mortificas. Si yo me caso de esa forma es para salvarme, para dejar esta vida que llevo, llena de vicio y estudiar y ver si termino mi carrera y me regenero y llego a ser un hombre.

ROSALINA

¡Llegarás, llegarás! Y cuando llegues, acuérdate un poquito de este día y piensa si hay algún derecho en el mundo para que los hombres tengan privilegios en las mismas faltas tuyas cometidas por mujeres que sean como yo. ¡Piénsalo bien cuando llegues a ser hombre! Yo creo que no hay ningún derecho ni humano ni divino para que yo, que he sido cien veces mejor que tú, más amante y más buena, ya no pueda ser nunca lo que tú alcanzás por una venta: ¡ser honrada! ¡Marcha! Marcha de mí casa, que aunque es de mujer mala, no quiero que la manches. ¡Vete, vete!

Carlos avergonzado, sale,
Rosalina llora.

TELÓN

ACTO PRIMERO

Un despacho aristocrático.

RAFAEL Y FERNANDO

RAFAEL

Mira, chico, hay que darse a razones. Si este pleito le tuviese que resolver contigo, asunto concluído. Tú tienes el vicio de pensar bien, de ser bueno; pero tu hermana, no. Con tu hermana no puedo discutir. Me exaspera. Concluiría por cometer una barbaridad...

FERNANDO

No te enciendas demasiado, querido Rafael. Tú y yo somos, además de cuñados, unos buenos amigos. Vamos a discutir el pleito con una verdadera amistad. ¿Quieres?

RAFAEL

¿Cómo que si lo quiero? Lo deseo.

FERNANDO

Pues entonces, calma, mucha calma. Vamos, toma un cigarrillo. Anda, siéntate.

Pausa.

¿Ves como así es otra cosa? Os empeñais en discutir como los primitivos y así no se adelanta nada.

Tranquilidad, mucha tranquilidad. « El hombre no tranquilo, siempre es vencido », dice un amigo mío. Y tiene gran razón. Aprende de mí. ¿Me has visto alguna vez nervioso? No, ¿verdad? Pues siempre venzo. A fuerza de paciencia, es claro, pero vencedor siempre. ¡Aprende, aprende, querido Rafael!

RAFAEL

Envidio tu manera de ser. Te envidio. ¡Quién pudiese ser como tú! ¿Que llueve? ¡Bueno! ¿Que no llueve? ¡Bueno! ¿Que hace sol? ¡Bueno! ¿Que se hunde el cielo? ¡Bueno! ¡Siempre bueno! Eres envidiable.

FERNANDO

Lo contrario de vosotros. ¿Que llueve? ¡Malo! ¿Que no llueve? ¡Malo! ¿Que hace sol? ¡Malo! ¡Siempre malo! Pero ¿por qué? ¿Por qué ese pesimismo? ¿Que nieva? ¡Bueno! ¿Que no nieva? ¡Mejor! ¿A tí qué te importa? Si tienes salud y ganas de trabajar, qué te interesa que nieve, que llueva o haga sol? Si tienes tu conciencia tranquila, ¿qué te importan los nubarrones de la crítica, que suelen ser bajas pasiones que debemos de despreciar.

RAFAEL

Hablas bien, muy bien, porque no eres el protagonista. En mí puesto quisiera verte para darte consejos.

FERNANDO

Y los admitiría, pero... no me fiaría de ellos, porque tus consejos son demasiado sanos, demasiados bue-

nos, y no los necesito mientras no me cambie de mundo.

RAFAEL

Contigo no se puede...

FERNANDO

Con el que no se puede es contigo. Vives en un mundo irreal. Cuando te mueras no necesitas ir a ver el limbo, por que vives en él. Anda, dame una cerilla haz el favor... ¡Ay, Rafaelillo! Eres un niño, un pequeño niño y necesitas un maestro, un buen maestro que te obligue a descender a este vil barro de la sociedad, con el que se fabrica, amasándolo bien, la felicidad más completa.

RAFAEL

Para tí.

FERNANDO

Y para tí, Rafaelillo. En el mundo, en este mundo, no hay más que dos cosas que sean verdaderamente ciertas: el engaño y el dinero. Todos nos engañamos un poquito. ¿Y de qué serviría el engaño sin dinero? Este pensamiento es mío, completamente mío... pero te lo presto.

RAFAEL

Gracias, guárdatele, que para mí no sirve. Y en contra de tu pensamiento, voy a decirte otro... que no se si es mío. En el mundo, en este mundo y creo que en todos los demás ocurrirá lo mismo, no hay más que

una verdad: el amor. No ese amor de conveniencias que nace, casi siempre, de una necesidad social, sino el amor que huye de la materia y se eleva a los cielos en busca de belleza.

FERNANDO

¿Y crees que esa verdad tuya, ese amor, no puedo hallarlo yo con mis dos verdades?

RAFAEL

¡Nunca! Que es Amor con mayúscula.

FERNANDO

¿Y qué importa? Con mayúscula o con minúscula, empiezan con engaño, que es nuestra fantasía, nuestros deseos, nuestra necesidad. Sigue con engaño, que suele ser nuestra cabezonada, nuestro placer o vicio, y finalizan con engazo que es el mayor de todos: el arrepentimiento... para seguir después. Y todo ello bien rodeado de dinero.

RAFAEL

Eso será únicamente para tí.

FERNANDO

Y para todos, hombre, para todos.

RAFAEL

Para mí, no.

FERNANDO

Lo creo. Pero a tí no te cuento, porque vives en Babia.

RAFAEL

¡Pues bien viva Babia, si para ser su ciudadano se necesita tener un corazón que no admita egoísmos, ni engaños, ni más dinero que el que el vivir modesto, necesita!

FERNANDO

Bueno, pues mira, quédate en Babia. Yo me voy. Pero conste que no me convences. A mí; dinero, dinerito y nada más que dinerito. Con ello mozas, traje limpio, estómago lucido... Sin él, nada... Babia solamente. Quédate en Babia, chico. Adiós.

RAFAEL

Espera un poco... No te he llamado para discutir estas cosas, ni mucho menos para molestarte. Perdona.

FERNANDO

¡Qué perdona ni que narices! A mí no me molesta nadie y menos tú. Pero es que tienes unas cosas... Siéntate y habla de una vez ¿Qué me quieres? ¿Para qué me has llamado?

RAFAEL

No sé como empezar. Es tan delicado...

FERNANDO

Delicado o no delicado, dílo de una vez. Las cosas delicadas deben decirse cuanto antes mejor. Ya te escuchó,

RAFAEL

Pues mira... Voy a dejar aparte hechos que tal vez harían demasiado larga esta narración, y voy derecho a lo que me sucede.

Pausa.

Como ya sabes, me casé con tu hermana después de haber llevado yo una vida poco corriente; es decir una vida demasiado corriente en esta juventud que blasona de honrada y buena, pero poco corriente en la moralidad de nuestra sociedad. Hace dos años era yo un pobre hombre que andaba por los caminos del pecado mortal, como dice tu hermana. Era mujeriego, vago, poco constante en mis pensamientos. Un día hice lo que jamás había hecho: pensé. Me dí cuenta de que la vida no es un puñado de lentejuelas, sinó un puñado de calderilla que hay que menejar con buen tino, y decidí dejar aquella forma de vivir, que era mi propio desprestigio.

FERNANDO

¡Bien hecho! Aquél día llegaste a ser un hombre.

RAFAEL

Porque lo pensé que era así, busqué por todos los medios a una persona que me regenerase, porque yo, pobre y abandonado, no podía hacerlo. ¿De qué servía toda la enmienda mía, si me encontraba solo, completamente solo, con mis harapos y mi pasado sucio, o por lo menos, demasiado borroso?

FERNANDO

Tienes razón. Un hombre sucio va, o debe ir inmediatamente al agua.

RAFAEL

Y al agua fui yo, tienes razón. Quería ahogarme o encontrar unos brazos protectores que me limpiasen todo mi pasado. Y nadé ¡nadé mucho! Tú no puedes imaginarte los esfuerzos que hice para conseguir verme en la orilla de este mar social donde tantos perecen.

FERNANDO

Sigue, sigue...

RAFAEL

Como un regalo de los cielos, encontré a tu hermana: bella, simpática, lujosa, adinerada. ¿Que más podía esperar yo?

FERNANDO

Naturalmente. Para un mendigo en pleno invierno, cualquiera capa es inmejorable...

RAFAEL

¡Oh, era más que capa, tomándola materialmente! Era todo el ropaje, y el albergue, y la comida y... ¡la felicidad!

FERNANDO

Sí, ya te entiendo. Era un libro de cheques.

RAFAEL

Tienes razón. Era algo así. Pero un libro de che-

ques que llevaba en los reversos un poema y en cada firma una promesa de correspondencia...

FERNANDO

Vamos, sí. Era una letra espiritual pagadera a determinado tiempo.

RAFAEL

Sí, eso... Yo quise a tu hermana como la quiero ahora, sin egoísmos... La quiero porque fué mi corazón quien la adivinó antes que mis ojos. La quiero mucho, ¡mucho!; pero quisiera quererla mucho más.

FERNANDO

Pues quíerela, chico. Por mi parte...

RAFAEL

Para eso te llamo. Para que me ayudes a quererla.

FERNANDO

¡Hombre, Rafaelillo, que me das un papel...! ¿No podías entenderte con ella directamente?

RAFAEL

He ahí lo triste, que con ella no me puedo entender.

FERNANDO

Pero hombre. ¿Con ésas salimos ahora?

RAFAEL

No es de ahora, Fernando, es de siempre, desde el primer día de mi matrimonio.

FERNANDO

Caramba, qué noticia! ¿Pero es posible, Rafael?

RAFAEL

Posible, Fernando. He callado hasta ahora porque me creía capaz de ser un vencedor, de hacerla comprender todo el perjuicio que ponía en nuestra casa. ¡He luchado con ella, como tú, tal vez, no puedas comprender! Pero todo inútil.

FERNANDO

¿Tan ciega es?

RAFAEL

Lo és, Fernando. Y además de serlo, hay una desgracia mayor: que no tiene curación posible.

FERNANDO

¡Oh, no, eso no se la puede consentir!

Haciendo mención de llamar

Ahora veremos.

RAFAEL

No, no llares, espera un poco. Todavía no he concluído de contarte.

FERNANDO

Es que no es posible. Una persona puede ser rebelde, puede tener caprichos, monomanías, ¡hasta vicios!, pero dejando vivir a los demás, no comprometiendo la felicidad de alguién. ¡Oh, no, no! Eso nunca. Mi hermana es caprichosa, un poquito locuela con sus vestidos y constumbres de sociedad.

Pero de eso a que te tenga descontento, a que te haga decirme a mí, ¡a mí!, al hombre inofensivo por excelencia, que te ayude a quererla... no, eso no. ¡Llámela. Llámela!

RAFAEL

Espera un poco. Tal vez yo, sin quererlo, haya sido un poco exagerado en la frase... Siéntate... Escucha.

FERNANDO

Bueno, ya te escucho. Habla..

RAFAEL

Así, sosegadamente, con tranquilidad. Tú mismo acabas de enseñarme que hombre tranquilo nunca es vencido. Pues vamos a vencer, teniendo los dos mucha tranquilidad.

FERNANDO

Vamos a vencer, pero pronto, pronto...

RAFAEL

Pues verás... Una vez casado, lejano de todo mi pasado, no he hecho otra cosa que adorar, no solamente querer, a tu hermana. Bien sabía que se trataba de una mujercita educada entre mimos y que, por lo tanto, era voluntariosa, terca, y un poquito orgullosa...

FERNANDO

Suerte o desgracia de ser la pequeña de la casa...

RAFAEL

Esa es la razón. ¡Todos los pequeños suelen ser lo mismo! A pesar de todas esas faltas que adornan a las mujeres de nuestra sociedad, he adorado a tu hermana como tal vez ella no se haya dado cuenta. ¡Que a gusto viviría yo, si llegase el momento en que ella dijese de todo corazón: ¡Ea, se acabaron mi soberbia, mis fantasías y mis ridiculeces! Quiero vivir tu vida, pensar contigo, adorarte como tú me adoras!

FERNANDO

No puedes negar que Aurelia te ha querido siempre,

RAFAEL

Sí, me ha querido siempre...; a su manera, Desde el primer momento me ha querido mucho, con el cariño que se tiene a los animales inferiores.

FERNANDO

No, eso no.

RAFAEL

Sí, Fernando. ¿Qué era yo, cuando me conoció tu hermana, si no un animalito inferior? Mi pasado no me daba otra cédula. Tu hermana no me quiso desde el primer momento por amor. Se encaprichó de mí.

FERNANDO

¡Rafael!

RAFAEL

Se encaprichó de mí. Ella, subida siempre de ilusiones y sobrada de capital, encontró en mí un mo-

mento de diversión y me compró, como podía haber adquirido un objeto de lujo.

FERNANDO

¡No digas eso, Rafael!

RAFAEL

¿Por qué nó, si es cierto? Yo ví en ella mi regeneración. Fuí también egoísta. A tí puedo y debo contarte todo. Y te he llamado para eso.

FERNANDO

Todos me llamáis para eso... ¡para eso!, para cosas desagradables. ¿Cuándo váis a llamarme para cosas alegres, para algo que vaya con mi temperamento? ¡Porque, que yo asista siempre a los entierros, mientras los demás se solazan en bodas y bautizos, la verdad...!

RAFAEL

Para algo eres el hermano mayor.

FERNANDO

¡Vaya una ganga!

RAFAEL

Escúchame que voy a terminar pronto.

FERNANDO

¡Para qué, hombre, para qué! Ya lo sé todo, no necesito que me digas nada, ya estoy enterado... Y voy a darte un consejo: Las mujeres, casi todas, suelen estar locas. Son unas enfermas que necesitan a cada instante del doctor... Si el doctor es simpático, dema-

siado educado, culto, que la repite sin cesar: ¡Ay, señora, señora, es usted muy malita! ¡Vaya, vaya! Tome usted estas píldoras, que la harán descansar...» Entonces se crecen, se burlan y se ponen peores. Pero si el doctor es uno de esos hombres graves, serios y firmes, que no hacen cucamonas, las dice muy seriamente: «Usted, señora, tiene una cosa: Vicio de quejarse.» Entonces la señora se pone bien del todo y no la vuelve a doler nada.

RAFAEL

¿Y qué quieres decirme con éso?

FERNANDO

Que cambies un poquito de procedimiento. Que no te preocupes tanto de tu mujer, que dejes los malos pensamientos .. y que te vengas ahora mismo conmigo a comer al Casino.

RAFAEL

¡Hombre, muy bonito! Te llamo para que me digas lo que debo hacer en esta situación enojosa y no se te ocurre nada más que aconsejarme que no me preocupe tanto y convidarme a que te acompañe a comer. ¡Muy bonito!

FERNANDO

¡Pues no ha de ser bonito, pedazo de ignorante! Qué deseas tú, ¿una escena antipática con ribetes de cursilería?

RAFAEL

No, eso no es lo que deseo.

FERNANDO

Pues cualquiera lo diría, chico. Si seguimos por el camino que has marcado, me veo representando un papel altamente antipático para mí: el de juez. Y eso no, no. ¡Verme yo entre dos reos diciendo: Señora, és usted la culpable. Caballero, sea usted más correcto... ¡No, no, querido Rafael, se me han perdido las aficiones de justicia. Me he dado perfectísima cuenta de que ser juez! es un papel que no me va...

RAFAEL

No tomas nada en serio; no se puede contigo.

FERNANDO

Pues mira, te quedas solo. ¿Vienes o nó?

RAFAEL

No, no voy. He de arreglar hoy mismo esta situación embarazosa. Yo ya he cumplido mi deber. No quería dar un solo paso, tomar una solución sin contar contigo. Pero ya que tú no quieres ayudarme, que no te interesa nada...

FERNANDO

No seas chiquillo. ¡No he de querer, no me ha de importar...

RAFAEL

No se conoce mucho.

FERNANDO

¡Ay que pesadito te pones! Váis a conseguir que me meta cartujo! Bueno. ¿Qué deseas; que quieres?

RAFAEL

Nada, nada, márchate. Yo haré lo que deba hacer y nada más.

FERNANDO

¡Vaya, hombre, vaya!

Llama al timbre.

RAFAEL

¿Qué haces?

FERNANDO

Ya lo ves, llamar...

DONCELLA

¿Llamaban los señores?

FERNANDO

Sí. Diga a la señorita que haga el favor de venir.

DONCELLA

Al momento, señorito.

Sale

RAFAEL

¿Qué vas a hacer?

FERNANDO

¡Qué vas a hacer! ¡Qué vas a hacer! ¿Te corre mucha prisa saberlo? ¡Pues calma, mucha calma!

Hay un silencio. Rafael, sentado, espera nervioso. Fernando, mientras, pasea por la escena, tarareando una canción. Entra Amelia.

AMELIA

Alegre

Buenas tardes. Fernando. ¡Hola, Rafael! ¿Me llamabáis?

FERNANDO

Te llamaba yo. Toma asiento.

AMELIA

¡Uf, qué serios! ¿Cualquiera creería que se trataba de solventar un gran asunto.

RAFAEL

Eso es.

AMELIA

Intenta salir

¡Ah, sí? Pues mirad, chicos, no estoy para latas. Llamadme luego.

FERNANDO

Espera, no te marches, siéntate...

AMELIA

¿Pero que es esto? ¿Qué intentáis contra mí?

RAFAEL

Intentamos, o intento, mejor dicho, que me escuches unos momentos. He llamado a tu hermano para enterarle de nuestra situación, de esta separación espiritual que ni a tí ni a mí nos conviene, ni para nosotros ni para los demás. El mundo, las gentes, son muy malas, y si a su maldad añades los pecados

nuestros, nuestras faltas, entonces, la malicia se enseñorea demasiado y nos rebaja mucho. Oyéme Amelia. Por última vez, delante de tu hermano mayor, te invito a que me atiendas, a que me escuches, por bondad, lo que pudiera hacerte comprender por la fuerza.

AMELIA

¡Ja, ja, ja! Me haces reír. Eres completamente un niño.

FERNANDO

Que se exaspera viendo la actitud altiva de Amelia.

Sí, él tal vez sea un niño; pero tú debes ser una mujer y no lo eres. Y hay que obligarte a que lo seas, de grado o por fuerza. ¿Dónde quieres ir a parar? ¿Quién eres tú y en que escuela te educas para perder hasta la herencia más preciada: el respeto? Mucho suponía de tí; bien conocía tus caprichos e ideas, tus modernismos y rarezas. Pero una persona medianamente educada, un poquito culta, lo menos que puede dar a los demás es ejemplos. ¿Y que ejemplo es el tuyo? ¿Quién eres tú? Tienes una mezcla tan diversa y tan rara, que sin ser nada, lo pareces todo. ¿Quién eres tú? ¿Qué ejemplo es el tuyo?

AMELIA

¡Calla, calla! ¿Y para esto os habéis unido los dos? ¡No hacía falta! ¿Para ésto me habéis llamado? Tan pobre eres tú como ése. ¡Lobos de la misma camada que creéis que las ovejas son todas iguales! ¡No escu-

cho vuestros aullidos, no! Cometí la locura de dejar de ser libre... relativamente, y ¡está bién! Pero soy la misma... con un poquito menos de libertad.

Intenta salir.

RAFAEL

¡Amelia! ¿Qué dices?

FERNANDO

¡Ven aquí! ¡Te lo mando!

AMELIA

Burlonamente.

¡Me lo mandas! ¡Ja, ja, ja! ¿Y quién eres tú? ¿Mi hermano? ¡Ja, ja, ja! Ya soy bastante mayorcita y no necesito consejos, y aunque los necesite, no los suelo admitir. Mando en mi casa, porque es mía, ¡mía, solamente! Y el que no esté conforme con mi modo de pensar ya sabe lo que tiene que hacer.

Señala la puerta de salida.

FERNANDO

¿Qué salga, dices?

AMELIA

No digo nada. Indico, solamente. Y basta de murmuraciones. Yo soy como fui siempre. Si antes parecí buena, buena sigo siendo. Si alguien, por engañarme, se engañó, merecido castigo tiene. Soy como fui. A nadie engaño.

Sale.

RAFAEL

Al salir Amelia, quiere ir tras ella, lleno de odio. Fernando le detiene.

FERNANDO

¿Adónde vas? ¡Detente!

Pausa.

¡Tienes razón. Es orgullosa! ¡Pero más orgulloso es el vencido! ¡Anda, vámonos!

RAFAEL

No puedo. Es hora de visita.

FERNANDO

Deja hoy el bufete. Hoy no estás para nadie.

Pulsa el timbre. Aparece la doncella.

Vamos a salir. Los gabanos.

Sale la doncella y vuelve con ellos, marchándose de nuevo.

El señor no tiene hoy consulta. Vámonos.

Decidido a salir, Rafael se ha vestido el gabán; pero, ya en la puerta se arrepiente.

RAFAEL

No. Yo no voy. Vé tú solo y discúlpame.

FERNANDO

¿Por qué no has de venir? ¡Qué débil eres! No podrás salir nunca de esta situación mientras tu manera de ser no cambie. Pero allá tú. Queda con Dios.

Le dá la mano.

RAFAEL

Adiós.

Se despoja del gabán. Pulsa un timbre. Suspira lleno de desesperación. Vuelve la doncella

Los que lleguen, que pasen.

Se sienta ante su despacho, revuelve en él y por fin, queda pensativo con la cabeza entre las manos.

¿Qué habré hecho yo? ¿Qué pecado he cometido yo? ¿Pero es que no se puede vivir con honradez, siendo bueno?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Al alzar el telón, la escena se encuentra en iguales momentos que al finalizar el primer acto. Rafael, vencido por los pensamientos, se encuentra algo postrado ante su mesa de despacho. La doncella llama repetidamente a la puerta, hasta que Rafael, como si despertase, responde.

RAFAEL

Adelante.

DONCELLA

Perdone el señorito. He venido a molestarle porque en el recibidor esperan, desde hace poco tiempo, una señora y un señor.

RAFAEL

¿Vienen a la consulta?

DONCELLA

Si, señorito. Es decir, el señor viene a la consulta y no viene... El señorito ya me entenderá. El señor a quien aludo, es D. Emilio, y me ha encargado que le diga a usted, que no le corre mucha prisa ver al señorito, que si tiene demasiado trabajo, volverá a la tarde.

RAFAEL

Quién está primero, ¿la señora?

DONCELLA

No, señorito. Llegó primero don Emilo.

RAFAEL

Dile, entonces, que pase.

DONCELLA

Como desee el señorito.

Medio mutis.

RAFAEL

Deteniéndola.

Espera un poco. ¿Esa señora viene acompañada?

DONCELLA

Ha venido sola, señorito.

RAFAEL

¿Qué señas tiene?

DONCELLA

No podré decírselo con exactitud, porque apenas tuve tiempo de verla. Abrí la puerta para la señorita, que salía de compras, y al mismo tiempo iba a llamar esa señora. La señorita la cedió el paso y parece que la conoció... Debe ser conocida. Se saludaron sin hablarse; acompañé a la señora hasta el recibidor, la señorita fué escaleras abajo y no tuve tiempo de fijar mi atención en la señora, porque

la señorita volvió muy de repente, algo contrariada y he tenido que atenderla en sus habitaciones.

RAFAEL

Está bien. Avisa a D. Emilio.

DONCELLA

Con el permiso del señorito.

RAFAEL

Resignadamente.

Volvamos al trabajo. ¿Para qué molestarme más? Será lo que Dios quiera. Siempre hay sobre nosotros una fuerza mayor que nuestra voluntad. Hemos de resignarnos y esperar... Resignémonos. ¡Todo se aclarará, todo!

Entra don Emilio, viejecito humilde y achacoso, bueno y honrado, pobre y débil.

¡Caramba, don Emilio, el gran don Emilio! Pase, pase sin miedo. Siéntese. ¿Qué me cuenta de bueno?

D. EMILIO

De bueno, nada, don Rafael. Quería hablarle dos palabras tan sólo, para que me aconseje. Y usted perdone la molestia.

RAFAEL

¿Cómo molestia? Usted no molesta nunca, don Emilio... y aunque molestara, ya sabe que los buenos amigos...

D. EMILIO

Por eso que le tengo como gran amigo debiera molestarle menos.

RAFAEL

Vamos, vamos, siéntese... Veamos que le trae por aquí.

D. EMILIO

Desagradable, muy desagradable es el asunto. Como todos los asuntos míos, don Rafael. ¡Soy un desgraciado!

RAFAEL

Todo se arreglará, no se apure. La vida es una madrastra que a veces tiene corazón. Hay que tratarla con un poquito de mimo y no desmayar nunca. En el momento menos pensado, llega a nosotros la felicidad,

D. EMILIO

¡La felicidad! Bonita palabra, don Rafael, pero... ya soy muy viejo, demasiado viejo tal vez, y no sé esperar sin desmayarme.

RAFAEL

Hay que sentirse joven, don Emilio.

D. EMILIO

Sí, dice usted muy bien. ¡Hay que sentirse joven! Más, ¿cómo? Cuando los años pasan y dejan en el recuerdo alegrías, bellezas y santidades, es, tal vez,

muy fácil, seguir con juventud; pero cuando los años han pasado a fuerza de tristezas, de fealdades y mentiras, entonces, don Rafael, no deja de ser algo difícil seguir aparentando juventud.

RAFAEL

¡Uf, que pesimista está usted! Dejemos de divagar, don Emilio, y hablemos del asunto que le trae aquí. ¿Algún nuevo disgusto?

D. EMILIO

Nada de novedad, es el viejo, el eterno, el inmortal...

RAFAEL

¿Por Encarnación?

D. EMILIO

Por Encarnación... Sigue lo mismo. Sus consejos no le han servido para nada. Como tampoco le han servido los míos ni las lágrimas de su hermana.

RAFAEL

¡Es una verdadera lástima!

D. EMILIO

¡Qué si lo es! Nadie lo sabe como yo, que he pasado veinte años a su lado, soñando siempre... Todos los días, de madrugada, cuando me marchaba al trabajo, iba diciéndome por el camino, orgulloso y alegre: Ella será la salvación cuando ya no pueda como ahora, andar de prisa ni trabajar con gana. Y ya ve usted como se nos ríe la vida: ya no pue-

do trabajar con gana ni andar de prisa, y ella, mi ilusión, mi esperanza, no sirve para salvarme del fracaso.

RAFAEL

¿Pero es tan mala, don Emilio?

D. EMILIO

¿Y quién sabe eso, don Rafael? Para los padres tiene disculpas la maldad de sus hijos, y yo no sé decir si Encarnación es mala. Sé y eso si que lo digo, que no es buena para mí, que se comporta malamente y que se burla cuando la aconsejo. ¡Eso debe ser malo, demasiado malo! Pero no digo más que Escarnación no es buena.

RAFAEL

Muchas veces la gente juzga demasiado de prisa, y...

D. EMILIO

Tal vez, tal vez, pero yo tengo que vivir con la gente... con esa gente que a veces habla demasiado, pero que siempre tiene un poco de razón.

RAFAEL

Juzgamos por las apariencias y las apariencias engañan...

D. EMILIO

¿Y por qué, don Rafael, aparentar lo que no somos? De éso me quejo. Hace dos años, mi hija parecía lo que era. ¡Modosita limpia, hasta un poquito pobre en su ropaje. Daba bendición verla cuando

regresaba del taller, y parecía una madrecita en su casa. Entonces si todos los que se fían de las apariencias hablasen de ella, ¡qué cosas más bonitas, aunque sencillas, debían decir! Luego, más tarde, fué cambiando, cambiando... En modales, en presentación. en deseos... Y ahora que se ha hecho mujer, como pago de todo, me dá eso...: su mal comportamiento, que se traduce en burlas de los conocidos y en desprecio de todos... ¿Y qué voy a hacer yo? ¿Tengo alguna culpa de que una hija me haya salido mala? ¿No me comporté siempre bien, y no cumplí con mis deberes de marido y padre? ¿Por qué entonces, don Rafael, he de compartir una deshonra y conmigo, privándola de la felicidad, mi otra hija? De los tres que somos en la casa no hay más que una que se comporta mal. Los otros dos sufrimos en silencio y trabajamos lo indecible para regenerarla. ¿Por qué, entonces, la sociedad nos mira mal y nos calumnia y hasta nos ofende? ¿Qué debo hacer yo, don Rafael, para salir de este martirio, de este estado de cosas?

RAFAEL

Cálmese, cálmese. Estos asuntos, siempre un poco difíciles, necesitan tranquilidad. No se apure usted, don Emilio. Y ánimo, mucho ánimo, y esperar. Yo le prometo estudiar este asunto y solventarlo de la mejor manera posible. Encarnación es ya mayor de edad y hay que tener mucho cuidado... Ya, ya sé que la mayoría de edad no dá derecho a ser un gol-

fo, a vivir malamente. ¡Pero se dice tanto, se habla tanto sin fundamento alguno!

D. EMILIO

Ahora me parece que no, que es cierto todo lo que las gentes proclaman y lo que me dice el corazón.

RAFAEL

Pues nada, nada; usted hágame caso a mí y esta misma noche solventaremos todo. Yo la hablaré... veré si consigo hacerla comprender sus deberes... ¿A qué hora se encontrarán todos en casa?

D. EMILIO

Rosita y yo a cualquiera hora; pero Encarnación...

RAFAEL

Entonces me haré el encontradizo con ella, y veremos lo que consigo. Y ya le digo a usted, don Emilio, nada de disgustos; tranquilidad y nada de hacer caso de críticas, que el noventa por ciento de las veces son falsas.

D. EMILIO

¡Ojalá sea así! Y perdóneme la molestia; pero usted no sabe lo que duele el corazón a los padres, cuando oímos decir que nuestra propia sangre va al vicio, y nos salpica y mancha. ¡Adiós, don Rafael, muchas gracias!

Sale

RAFAEL

Le acompaña cariñoso y compasivo, hasta la salida. Vuelve al despacho.

¡Pobre viejecito! ¡Todos contra él, por débil y por bueno! ¡Y Encarnación...! Ella es mala, mala... ¡Pobre viejecito!

Pulsa un timbre. Acude la doncella.

Acompañe a otro.

Entra en escena Rosalina. Desde la puerta se fija en Rafael, recuerda a Carlos, a quién reconoce en él, y se contemplan un momento.

ROSALINA

¡Carlos!

RAFAEL

¿Tú, Rosalina? Pasa, pasa... No salgo de mi asombro. Después de tanto tiempo venir a reunirnos aquí.

ROSALINA

La que no sale de mi asombro soy yo, Venía a casa de don Rafael Peñalver y me encuentro con Carlos... con aquel Carlos que tantos recuerdos dejó en mí. ¿Qué haces aquí?

RAFAEL

Siéntate.

Sonriente.

ROSALINA

¿Es ésta tu casa?

RAFAEL

Este es mi despacho, a donde tú venías. por lo visto.

ROSALINA

Yo venía a la consulta de don Rafael.

RAFAEL

D. Rafael soy yo.

ROSALINA

Tú eres Carlos.

RAFAEL

Para tí, lo fui... pero ya no. Ahora no soy más que el abogado Rafael Peñalver. No te extrañes, aunque debieras extrañarte. Adopté un nombre cuando te conocí, porque entonces mi vida era demasiado comprometida, se encontraba siempre a dos pasos de la maldad y del desprestigio, y aunque nunca fui muy bueno, tampoco tenía fondo malo. Y me hería la idea de que, cualquier día, el apellido de mis padres se deshonrase por mi culpa. He aquí el misterio.

ROSALINA

Te creía más malo, aunque no disculpo la maldad que cometistes conmigo.

Pausa.

Yo en tu casa, en la casa de mi...

RAFAEL

¡Calla! Perdona unos momentos...

Intranquilo, temeroso, va hacia las puertas y se percata de que nadie escucha.

ROSALINA

No, tú a mi. No me daba cuenta del lugar donde estoy. Se me había olvidado que venía en busca de defensor,

RAFAEL

¿Para tí?

ROSALINA

Para mí. Todo cambia, Carlos. Perdona que te nombre así.

RAFAEL

¿Qué te ocurre para necesitarme?

ROSALINA

A tí, verdaderamente, no te necesitaba. Necesito un abogado que defienda un hecho... Ese puedes ser tú, si no te es muy molesto. Pero dejémos eso ahora. Mira como se pierden las cosas más interesantes. Hace muchos días que no duermo, ni como, ni sosiego pensando en mi defensa. Me dijeron: vé donde Fulano. Y Fulano no quiere defenderme. Muy cortés, muy caballeroso, me dijo: señora, tengo mucho trabajo. ¡Ay, que días más malos los que he pasado pensando en mi defensa! Luego me dijeron: quien puede sacarte de tu pesadumbre es Zutano, Zutano eras tú. Y yo sin saberlo. Ignorando que el abogado que todo el mundo admira y elogia es Carlos, ¡Carlos! Qué asombro, chico! Es todo un milagro que me hace perder todo temor.

RAFAEL

Sí, lo parece, de verdad. ¿Cómo podía suponer ésto? Sí que he pensado muchas veces en tí...

ROSALINA

¡Mentiroso!

RAFAEL

Nada de mentira. Sí que he pensado muchas veces en tí, pero nunca supuse que eras así... No me resignaba a verte sino de aquella forma: como eras entonces.

ROSALINA

Igual que yo. ¿Tú abogado y tan elegante y tan formal? Si no lo veo y me lo cuenta alguna amiga, se muere de la carcajada que la suelto.

RAFAEL

Tú también has prosperado mucho.

ROSALINA

Con lo que me dejastes al marchar, no era difícil.

RAFAEL

¡No seas cruel! Ya sabes por lo que hice todo...

ROSALINA

Por llegar aquí, ya lo veo. Pero me parece que para ser tan buen abogado como dicen, tienes muy poquísima formalidad... Yo soy una cliente que llega a consultarte un pleito, y por lo visto, a tí los

pleitos no te interesan mucho. ¿Haces así con todas las que vienen a verte?

RAFAEL

¡No, Rosalina, no! Es a tí sola, a la única que no puedo ver sentada frente a mí, sin que mi corazón se desborde en alegría inmensa! Es a tí, Rosalina, a la única mujer que no puedo mirar con frialdad. No te asusten mis palabras sinceras. Vivía lejos de tí. feliz algunas veces, con mis recuerdos, otras con mis estudios, otras con mis alegrías o tristezas. Llegastes y veo que aquella felicidad es pequeñita, pobre...

Pesaroso de hablar así, se pone serio, de repente, y quiere rectificar sin conseguirlo.

ROSALINA

Continúa.

RAFAEL

No, no puedo, no debo. Olvida todo, te lo pido. Estoy en mi casa, en mi despacho, bajo mi título... Ha sido un momento de acarolamiento, producido por tu visita inesperada... Olvidemos todo, como si entrases en este momento.

ROSALINA

Sea así.

RAFAEL

Habla, dime que quieres.

Hay una pausa.

ROASLINA

Muy bajo, como si la remordiese
la conciencia.

He matado a un hombre.

RAFAEL

¿Qué dices?

ROSALINA

La verdad.

RAFAEL

¡La verdad y estás aquí tan tranquila.

ROSALINA

No estoy tranquila, no. Como a tí me ha dominado un momento la impresión de volver a verte, de volver a hablarte. Pero ya ha pasado. Ya he vuelto al tormento que no me deja descansar un instante. Hace dos meses, una noche, estando donde yo tengo que estar para poder vivir, maté a un hombre. Me detuvieron y me encarcelaron. Después, con unas pesetas que tenía, compré la libertad provisional. Y ya en la calle... ¡Qué vergüenza, qué cargo de conciencia, y qué sola siempre!

RAFAEL

¿Cómo pudo ocurrir éso?

ROSALINA

Muy tontamente. Fué algo imprevisto, algo que ocurrió porque, sin duda, tenía que ocurrir... No fué queriendo, no. Llegó sin que yo pudiera evitarlo.

RAFAEL

¿Estabas sola con ese hombre?

ROASLINA

No, eramos bastantes: seis o siete. Cenábamos en «La Tramoya», en la venta, y había vino, ¡mucho vino!, música, hombres, y mujeres. Y de repente... Un hombre me insultó y me pegó... Yo entonces... noté que resbalaba por mi cara la sangre; tomé, roja de rabia, una botella, la solté al aire... y no recuerdo sino que me sujetaron y me detuvieron y que al día siguiente me encontraba en la cárcel. Allí me dijeron que el herido había fallecido y que la culpable era yo. Eso es todo.

Llora lentamente. Hay una pausa.

RAFAEL

Tranquilízate. No llores. Has llegado aquí sin saberlo y por algo será. Vamos, cálmate. Yo te prometo hacer cuanto de mí dependa. Yo te defenderé.

ROSALINA

¿De verdad que me salvarás?

RAFAEL

Será posible. Haré, ¡figurate!, todo cuanto pueda; más, quizá,

ROSALINA

Hazlo aunque nada más sea por lo que fuimos. Bien que tenga que resignarme a vivir como vivo... ¡Pero que sobre la condena que llevo me arrojen

otra más deshonrosa aún, no; que no sea, que me muera antes!

RAFAEL

La vida es muy cruel, pero algunas veces se porta como una madre buena.

ROSALINA

¡Como una madre buena! Yo que no sé lo que es bondad de madre. ¡Yo que la tuve y ojalá que no la hubiese conocido nunca! La vida ha sido mi enemiga siempre. Desde pequeña me enseñó a ser así... Una vez si que creí que la vencía. Fué, entonces, cuando tanto esperé de tí... Después... ¡Bah, dejemos éso!

RAFAEL

Perdóname.

ROSALINA

Y tú a mí, por venirte a sacar de tu felicidad, con el recuerdo de los días pobres...

RAFAEL

Tal vez te lo agradezca.

ROSALINA

Por el momento no digo que nó.

RAFAEL

Tal vez pará más tiempo. ¡Quién sabe! Antes decíamos que la vida es ingrata. ¡Y quien adivina lo que nace a la sombra de las ingratitudes!

Hay un silencio en el que Rosalina parece averiguar el dolor de Rafael. Este, dándose cuenta, corta la pausa desviando la conversación.

¿Dónde podré avisarte cuando esté estudiada la defensa?

ROSALINA

Toma mis señas.

Le dá una tarjeta

RAFAEL

¿Ya no vives allí?

ROSALINA

No, pero casi todo lo tengo igual. ¡Hasta la cartulina tuya sobre el mueblecito de los libros.

Suspira. Después de una pausa.

Vaya, adiós. ¿Me avisarás?

RAFAEL

Te avisaré o te visitaré.

ROSALINA

Si me visitas, por la tarde, mejor.

RAFAEL

¿Y hora?

ROSALINA

¿Hora...? Aquella misma. Adiós.

RAFAEL

Te acompaño.

Queda la escena sola unos momentos. Entra Amelia que ha escuchado, durante la escena, tras las puertas. Vuelve Rafael al despacho y al encontrarse con Amelia, que está nerviosa y le mira retándole, se sorprende.

¿Qué haces aquí?

AMELIA

Tranquilamente.

Ya lo ves, esperándote.

RAFAEL

¿Qué deseas?

AMELIA

Burlonamente, con ira.

¡Que qué deseo! ¿No lo adivinas tú? ¿O es que quieres burlarte más?

RAFAEL

No sé por que me hablas así, ni comprendo la finalidad de tus palabras; mucho menos tu entrada inesperada aquí. ¿Qué piensas? ¿Qué sospechas? Nunca has hecho esto.

AMELIA

Altiva.

Pues hoy sí, ya lo ves, y no me pesa. Sospechaba que eras un... un farsante, que te quejabas antes de sentir el dolor, tal vez para disfrazar el bienestar...

RAFAEL

¡Basta! No puedo seguir permitiéndote que me ofendas.

AMELIA

¡Ah, sí! Tú no puedes consentir que yo te ofenda, y en cambio tú, sí que me puedes ofender. ¡Muy bonito!

RAFAEL

Yo no te ofendo.

AMELIA

¡No me ofendes! ¿Quieres más ofensa que traer a mi casa a tu querida?

RAFAEL

¡Qué dices, Amelia!

AMELIA

Lo que yo he visto, lo que yo misma he comprobado. No ha sido un papel digno de mí, ya lo sé. ¡Pero qué quieres! Ví entrar a esa mujer en la casa y el corazón me dijo a qué venía. En lugar de marchar a donde iba, volví a casa y espí. Ví y oí. entonces, lo que no esperaba, lo que nunca pensé.

RAFAEL

Has descendido al puesto de la servidumbre: a escuchar tras las puertas.

AMELIA

Y tú has descendido mucho más: a ser un hombre hipócrita, que quieres pasar por hombre bueno.

RAFAEL

¡No te permito que hables así, Amelia!

AMELIA

Llena de rabia ante la imposición.

¡No me permites! ¿Y quién eres tú? ¿No soy yo quien te defiende de todo inconveniente? Tú sin mí, ¿quién serías? ¿No soy yo quien te ha dado cuanto tienes y quien te sostiene y quien te ampara? ¿Quién eres tú, entonces? Tú no eras nada, no eras nadie. Te casaste conmigo, porque quise yo, porque te convenía, ¿No es cierto? ¡Pues entonces! Al principio debí parecerte bien, demasiado bien... Luego, sin causa alguna, te parezco mal, demasiado mal. ¿Por qué? ¿Qué razones tienes? ¿La de querer convertir mi casa, con el abuso de tu bufete, en lo que nunca debe ser, en lo que no será?

RAFAEL

¿Qué dices?

AMELIA

La verdad, sólo la verdad. ¿Quién es esa señora que acaba de salir?

RAFAEL

Una cliente.

AMELIA

Más parece otra cosa...

RAFAEL

Podrá parecerte lo que deseas... Y concluyamos de una vez: ¿qué quieres conseguir con todo esto? ¿Qué te propones? ¿Qué deseas?

AMELIA

Burlona.

¡Uf, qué fiero te pones.

RAFAEL

Fiero o no fiero, ha llegado la hora de hablar claro. Yo soy el marido, ¿lo entiendes? Tengo la obligación de respetar a la mujer, cuando la mujer sabe serlo; pero cuando pierde toda dignidad para cambiarla por soberbía, entonces soy soberbio también, y mando por fuerza, aun cuando sea sin razón. Sal de aquí,

AMELIA

Estoy en mi casa.

RAFAEL

No, estás en mi despacho. Entre mis ideas y mis libros; entre mi trabajo y mi honor. ¡Sal de aquí! Quise demostrarte tu equivocación, mi amor y mi respeto. ¡Pero para qué! Eres lo que siempre serás, lo que siempre has sido: una caprichosa. ¡No mereces la pena de una demostración. Sal de aquí, y sabe desde hoy que, a pesar tuyo, el hombre en esta casa, soy yo. ¡Sal!

TELÓN

ACTO TERCERO

Al alzar el telón, Amelia, nerviosa, presa de gran miedo, por si pudieran sorprenderla, se encuentra registrando en la mesa de despacho de su marido. En este trabajo la sorprende su hermano, que primeramente la contempla en silencio.

FERNANDO

Desde la puerta.

¡Muy bonito! Eso es digno de tí.

AMELIA

¡Eh! ¿Qué dices?

FERNANDO

Entrando y cerrando la puerta

No te asustes, mujer. Nadie te ha visto más que yo y yo ya sabes que no soy nadie. Continúa...
¿Qué buscabas?

AMELIA

No buscaba nada. Pasé por aquí, entré y nada más.

FERNANDO

¡Nada más! Poca cosa es. Pero no te creo. Y tú ya sabes que no dices verdad. ¿Tantos misterios guarda tu marido para que tú vengas a buscarlos?

AMELIA

No son misterios.

FERNANDO

¿Qué es, entonces lo que buscas?

AMELIA

Nada.

FERNANDO

Eso es, en tal caso, lo que has encontrado: nada.
Pero tú venías, por algo.

AMELIA

No, te lo juro...

FERNANDO

No jures. Este es un momento en el que no debes mentir ni debes jurar. ¿Para qué tus palabras, si ya hablan por tí tu nerviosidad, tus modales, hasta tu situación? Siéntate, siéntate.., Tú y yo necesitábamos estar alguna vez así: frente a frente. Mira por donde, sin darnos cuenta, sin haberlo pensado ni querido, damos gusto al diálogo. Siéntate, haz el favor...

AMELIA

Iba a salir...

FERNANDO

Ibas a salir... pero lo has pensado mejor y te quedas.

AMELIA

Parece que has llegado con ganas de reñir.

FERNANDO

No, bien sabe Dios que nó. Pero aunque así fuese, ¿qué de particular tendría? Yo, como mucha gente bien acostumbrada, voy a rezar a las iglesias; a los toros a llenarme de sol y de alegría; a aprender a las aulas y a reñir a las guerras. ¿Qué de particular tendría que aquí viniese también en plan de guerra, o a reñir, como tú dices? Cuando llego a tu casa me hago la ilusión de que me sepulto en una trincherita... Pero, sientate...

AMELIA

Ya estoy sentada. Tú dirás.

FERNANDO

¡Uf, que si diré! Pero calma, calma. Vas a permitirme que descanse un poco y que martirice a este cigarrito. Es mi vicio, hijita; el humo es como la definición de la vida, para mí. No hay más que saber despedirle sacando de él el mayor gusto posible. ¡Ajajá! Mira que bien tira el demonio, con lo feo y maltrecho que parecía! Así son muchos asuntos de la vida...

AMELIA

Interrumpiéndole,

Supongo que no querrás burlarte.

FERNANDO

No, hija, no. Aunque soy alegre por naturaleza, a sabiendas no me burlo nunca. Me dejo burlar muchas veces porque aun no he podido averiguar donde está el entretenido mayor, si en el burlado o en el burlador. Pero no me burlo. Sé que es perjudicial casi siempre.

AMELIA

Cualquiera creería lo contrario.

FERNANDO

Sí, hay mucha gente que es feliz con todo sin conocer nada. Pero no es esa nuestra conversación. He venido a tu casa dispuesto a hablarte y a escucharte de otra forma y vamos a empezar. ¿Dónde está Rafael?

AMELIA

No lo sé. Me dijeron que salió muy temprano y aun no ha vuelto. ¡Tendrá mucho que hacer!

FERNANDO

Será posible. Lo que me parece imposible es que tú tengas que saber de tu marido, por lo que dicen los demás.

AMELIA

El no dice nada.

FERNANDO

Si no se lo preguntas es muy natural.

AMELIA

Obligación suya es decirlo, sin necesidad de que le pregunte.

FERNANDO

¡Obligación! ¡Ya salió la palabra! ¿No será que es tuya la obligación de preguntarle?

AMELIA

Creo que no.

FERNANDO

Lo distinto que yo, que creo que sí. En otros que no se parezcan a vosotros en nada, es obligación decir cada uno y sin pregunta alguna, qué hacen y a donde van. Pero me refiero a esos matrimonios, pocos, por desgracia, que aun guardan el amor y el respeto del matrimonio que los hizo uno solo. ¡Pero vosotros! ¡Ah, vosotros! Como muchos y ahora por desgracia demasiados, si queréis saber el uno lo que hace el otro o a donde va, es necesario preguntar. Porque los hechos se anuncian espontáneamente cuando aún tienen vigor los corazones y la unión matrimonial es fuerte. Pero cuando las almas se separan y el hogar se deshace, aunque cada mueble esté lustroso y ocupando su sitio, no hay más remedio que preguntar: ¿a dónde vas? ¿Qué has hecho?

AMELIA

No te entiendo.

FERNANDO

Pues está bien claro. Fíjate un poco y verás. Si este hogar fuese la decoración de una verdadera comedia matrimonial, de una de esas comedias en las que los personajes se quieren, se respetan y se defienden, tu marido no saldría de casa sin darte un beso y decirte a donde va. Pero como este hogar es la decoración de una mala comedia donde no hay nada bueno, más que la presentación, los personajes entran y salen como quieren sin preocuparse los unos de los otros.

AMELIA

Tal vez tengas razón. Pero comprenderas que no es mía la culpa. Rafael, sin yo explicármelo, ha cambiado extraordinariamente y no se preocupa de mí ni poco ni mucho. Hace su voluntad sin dar cuentas a nadie y asunto concluido.

FERNANDO

Por eso debes preguntarle tú lo que hace, y a donde va sin, siquiera, decirte adiós.

AMELIA

¿Preguntarle yo? ¡Ja ja! ¡Qué más quisiera él! ¡Ya sabrá lo que hace! El que se comporta de esa forma sabrá por qué!

FERNANDO

¿A tí no te interesa saberlo?

AMELIA

No, no me quita el sueño la curiosidad.

FERNANDO

¿Y si yo te lo dijese?

AMELIA

¿Lo sabes?

FERNANDO

Claro que para decírtelo, primero tendré que saberlo.

AMELIA

Pues dilo.

FERNANDO

Sabes cuáles son las causas que tiene Rafael para comportarse de esa forma? Tu comportamiento.

AMELIA

¡Ja, ja, ja! ¡Es una salida graciosa! ¡Mi comportamiento! ¿De qué puede culparme? ¿No le he dado cuanto ha necesitado? ¿No le he puesto en una situación social, donde él nunca podía haber soñado ascender? ¡Ah, pero ya comprendo! Sin duda alguna te habrá dicho que soy una déspota, una caprichosa, una mujer sin corazón enojada de la frivolidad y de las modas. Una caprichosa que dá toda la belleza familiar que él sin duda halló en su estado humilde, por una carrera de caballos o un vestido de baile. Sí, sí, no cabe duda. El te lo ha di-

cho con su hablar beatífico. ¡Le conozco muy bien! Le he soportado muchas veces esa doctrina que a mí no me convence. ¡La tranquilidad del hogar! La felicidad de los cónyuges a base de besos, de mimos y de libros. ¡Uf, que hombre! Yo me he reído mucho. En cambio él se ha enfadado bastante con mi otra doctrina: alegría, elegancia y placer.

FERNANDO

Calla, calla...

AMELIA

¿Por qué he de callar? ¿Es que no tengo razón? Yo le he respetado siempre esas ideas, aunque jamás las admití. ¿Por qué él no ha de respetar las mías? Quiere regenerarme, dice. ¿Y qué es éso? ¿Hacer de mí una momia? ¡Pues no, no y no! Soy y seré siempre como he sido. No he nacido para soborear la belleza que él canta: la belleza de la esposa humilde que se mantiene con besos del esposo y con el aburrimento continuo de la casa. ¡Ah! Y ésto por un lado, que por el otro...

FERNANDO

Que ha escuchado con calma.

¿Vas a seguir hablando?

AMELIA

¿No has dicho que querías oirme,

FERNANDO

Sí, pero vamos...

AMELIA

Pues ya me oyes... y tal vez tengas que oírme más, porque sí lo que sospecho sería cierto...

FERNANDO

¿Celos también?

AMELIA

¿Quién te lo ha dicho.

FERNANDO

Tú misma. Las mujeres no registran en los muebles de sus maridos, más que cuando son celosas. Y como te sorprendí a mí entrada registrando...

AMELIA

¡Pues sí, ea! Así lo sabes todo de una vez y ahorraremos palabras. Tengo celos de Rafael, celos justificados, porque conozco a su querida, como ya la conoce todo el mundo. Busco una prueba, una pequeña prueba material y en cuanto la consiga pido la separación. ¡No quiero verle más, no quiero pasar más!

FERNANDO

¡Calla, loca, calla! ¿Qué es lo que has dicho? ¿Pero hasta ese extremo llegas? Tú marido no merece esas palabras y guárdatelas para siempre, que él no las oiga ¡Rafael una querida! ¿Y quién es ella? ¿Es, acaso, esa desgraciada Rosalina a quien ha podido librar de un presidio? ¿Esa? ¡Pobres gentes las que piensan así, y más pobre de tí! En ellas tiene una disculpa la suposición, porque la envidia

es mala consejera. Bien que la gente piense como le parezca que puede hacer más daño, porque aprendió el pateo mucho antes que el aplauso. ¡Pero tú! Tú que debieras estar orgullosa por el triunfo de Rafael, que ha sido la admiración de todos los buenos y la envidia de todos los malos...

AMELIA

¡Es muy natural que defendiese con verdadera pasión a su querida!

FERNANDO

¡Qué dices, Amelia!

AMELIA

Ya lo has oído: ¡a su querida!

FERNANDO

¡Calla, calla! Eso es mentira. ¡mentira! y te prohíbo hablar así. Rafael tiene su pasado, como todos los hombres, un poco salpicado. Pasaron los años y volvió a ponerse en su camino, pidiéndole defensa una sombra... que pasó sin rozar... Eso es todo...

Suena un timbre.

AMELIA

Altíva e incrédula.

No quiero discutir. Dejemos eso. Yo sabré ocupar mi puesto. ¿Tienes algo más que decirme? Hasta luego.

Al intentar salir, entra en escena la dondella. Anunciando la llegada de Rafael.

DONCELLA

El señorito acaba de llegar.

FERNANDO

A Amelia

¡Quédate!

AMELIA

No puedo. Volveré luego.

Sale.

Hay una pausa, luego, entra Rafael.

RAFAEL

¿De conversación, eh?

FERNANDO

Hombre, si que suelo hablar solo algunas veces, pero ahora te equivocas: estaba pensando.

RAFAEL

Lo creo. Estabas pensando en mi situación, después de tu entrevista con Amelia.

FERNANDO

¿Quién te lo ha dicho?

RAFAEL

No necesito que me lo diga nadie. ¿A qué has venido aquí, sino a hablar con Amelia, a aconsejarla, a saber su opinión?

FERNANDO

¿La opinión de qué?

RAFAEL

Mira, no te pongas desenterado. Has venido a saber la opinión que Amelia tiene de mí. ¿Y qué te ha dicho? ¿Que soy un mal marido que la desprecia y la degrada con el amor de otra?

FERNANDO

¡Hombre! Pues sí, mira. Has acertado por casualidad y has dado con la razón de mi visita. Después de conversar anoche contigo, me dije en un momento de optimismo: ¡Hombre, pueda ser que yo, una poca cosa, haga una grande entrevistándome con Amelia! ¡Quién sabe! Y pensando ésto, me llené de optimismo bárbaro, grande, encantador! ¡Oh, quién sabe de la madera que están hechos los héroes! Sin pensar más, llegué aquí, me adentré en el despacho, y hallé a Amalia...

RAFAEL

Que estaba registrando mi mesa.

FERNANDO

¿Tú también lo sabías?

RAFAEL

Y creo que hasta la servidumbre. Tal es su manía, que ya no se preocupa de guardar las formas.

FERNANDO

Pues bien. Me encontré a Amelia registrando en

tu mesa. Figúrate. Empecé a hablarla, a reprenderla y...

RAFAEL

Concluiste riñendo.

FERNANDO

Casi, casi...

RAFAEL

Me lo figuraba. ¡Ay que perra vida esta! ¡Pero en fin, qué hemos de hacerlo!

Pausa mientras se sienta.

¿Y qué dice la gente? ¿Se me censura? Se me culpa de ser un verdadero verdugo para mi mujer, ¿verdad?

FERNANDO

No tanto. Pero se te culpa. No eres, para la mitad de los desconocidos, 'ni aún de los conocidos, un buen marido. Sobre todo, desde el triunfo obtenido en la defensa de Roselina, se habla tanto, se inventa tanto...

RAFAEL

Lo comprendo... Es decir, no lo comprendo. ¿Qué hago yo para que se me culpe de una falta que ni en mi deseo ha existido? Defendí a Rosalina, porque la vida, siempre deseosa de poner obstáculos, me la mandó al bufete. ¿Qué iba a hacer? Nadie quería defenderla y yo la defendí, no por amor, que éste ya había huído, sino por egoísmo profesional;

por que ví en la defensa de esa desgraciada un escalón de fama donde situarme.

FERNANDO

Con todo, muchos suponen que tú la defendiste por amor...

RAFAEL

Ya lo sé. Y ese es mi perjuicio. ¿Pero qué amor puede achacárseme, cuando no fui a buscarle, siendo tan fácil y sabiendo donde y como podía hacerlo mío?

FERNANDO

Sí, esas explicaciones están muy bien para tí y para mí; pero para Amelia...

RAFAEL

¡Amelia! ¡Ay! Si yo hubiera conseguido encontrar en Amelia todo lo que ha soñado mi corazón! Realmente soy un fracasado que no ha sabido dar forma al sentimiento,..

FERNANDO

Sí algo así como un mal escultor.

RAFAEL

Eso mismo, un mal escultor.

FERNANDO

Será por no haber hallado un buen cincel...?

RAFAEL

Tal vez tengas razón. Pero para mí, el cincel en

el matrimonio, es el comportamiento de los cónyuges. Yo ya tuve el mío. Es decir, creo que tuve el mío. Hice en el matrimonio lo que todo marido, según mis creencias, debe hacer: Rodear a la mujer de todas las comodidades que dé un sueldo. Ser para ella, no el señor que manda y autoriza, sino el amigo que aconseja, el hermano que enseña, el artista que deleita. Esto quise ser yo... y ya me ves. Antes por raro, por loco, por necio. Ahora por farsante, por loco, por malvado.

FERNANDO

Hombre, eso no.

RAFAEL

Sí, sí, Fernando. Yo quise dentro de mi pobreza, y vendiéndome por necesidad, sabiendo que era el capricho de una dama pudiente, querer ser un hombre. Lo quise siempre por que era mi regeneración. Soñé primeramente, ya siendo tu cuñado, en tener un título, en no hacerlos de menos. Y estudié, estudié mucho, y conseguí ser abogado. Conseguido ya, creí más fácil ser dueño de mi casa, traer hasta mi lado la razón de Amelia... ¡Pero todo inútil! No sólo no conseguí ser comprendido, aunque sólo pedía humildad, alegría y amor, sino que ahora, cuando llego a triunfar, se me señala con el dedo y se me dice: Ese es un farsante y un canalla, que se queja de su mujer solamente por esconder sus defectos.

FERNANDO

Hombre, eso no.

RAFAEL

Sí que es eso, sí, ¡Pero no me interesa! Cuando uno empieza a sentir los sufrimientos, se extremece y reza; pero después, cuando ya se acostumbra a ver pasar el tiempo siempre igual, jura tranquilamente como si le ocurriese algo que no debe ocurrir.

FERNANDO

Para tí ha debido de pasar mucho de ese tiempo.

RAFAEL

¡Qué si ha pasado! Figúrate: ha pasado todo el bello momento de mi juventud, cuando, regenerado, quise dar otra regeneración a la vida: la de tu hermana que vivía y vive, no en una vida real, sino en otra donde los modistos son reyes, los confiteros virreyes y reyezuelos los empresarios de espectáculos frívolos.

FERNANDO

Es que tú eres exagerado también.

RAFAEL

A qué llamas exageración, ¿a decir la verdad?

FERNANDO

Nó, llamo exageración a todo aquello que se salga de las costumbres de la vida.

RAFAEL

Pero la costumbre es un vicio.

FERNANDO

Vicios o costumbres me da igual.

RAFAEL

Bueno, bueno, discutir contigo es lo mismo que no, hacer nada. Dejémoslo. Hablemos de otra cosa.

FERNANDO

De Fernando VII, si te parece.

RAFAEL

O de Germán González, me da igual.

FERNANDO

¿Quién es ése?

RAFAEL

¿Te interesa mucho?

FERNANDO

Sí, hombre, no faltaba más.

RAFAEL

Pues mira: Germán González era un hombre honrado, bueno y caballeroso que hacía todos los posibles por comportarse bien, y cuando los demás le decían que se comportaba de mala forma, abría una caja donde guardaba todas las carcajadas y las soltaba al aire.

FERNANDO

Eso es maravilloso.

AMELIA

Entrando

Un muchacho te espera.

FERNANDO

¿A mí?

AMELIA

No, a tí.

Por Rafael.

RAFAEL

¿No hay criadas en toda la casa?

AMELIA

Las hay, pero el muchacho no hace caso de ellas. Trae un recado urgente para tí y por tí pregunta para entregártelo personalmente. ¡Tú sabrás el misterio!

FERNANDO

¡Eso de misterios, mujer...!

AMELIA

Debe serlo...

RAFAEL

Voy a verlo.

Sale.

FERNANDO

Después de una pausa.

Siéntate, mujer. Así de pie y con ese gesto, pareces un aparecido.

AMELIA

¿Y tú qué es lo que pareces?

FERNANDO

No lo sé de fijo, pero me parece que algo mejor que tú de cualquier forma.

AMELIA

Con tus bromas no vamos a ningún sitio ¿lo sabes?

FERNANDO

¿Y con las tuyas?

AMELIA

Yo no gasto bromas.

FERNANDO

Pues cualquiera diría lo contrario. Y yo como broma tomo todo lo que en tu casa ocurre. Tu marido y tú, ¿qué sois sino dos bromistas de cuidado?

¡Anda y que os...!

AMELIA

¿También tú en contra mía?

FERNANDO

¡Pero qué en contra tuya, ni qué ocho cuartos! ¿De qué te quejas tú, puede saberse?

AMELIA

De él.

FERNANDO

Y él de tí. Pero eso no es una razón. Cuéntame de algún matrimonio en el que la mujer no se queje de su marido, ni éste de su mujer, y entonces me convencerás... Pero mientras tanto...

AMELIA

Me quejo con sobrada razón.

FERNANDO

Y le oyes a él y te convences de lo mismo.

AMELIA

¿Pero es que estoy loca?

FERNANDO

Yo creo que sí.

AMELIA

¿Qué dices?

FERNANDO

Que estás loca, sí. Que eres, en el fondo, una buena muchacha, tal vez un poquito mal acostumbrada, pero no haces nada por parecerlo ante las gentes. ¡Créeme Amelia! ¿Quién mejor que yo va a quererte? Rafael es bueno, juicioso, inteligente...

AMELIA

¿Luego yo soy la mala, la incapacitada, la causante de todo?

FERNANDO

Nadie te acusa de tanto. Solamente se te culpa de tu modo de ser, de unas pequeñas faltas que pueden corregirse con facilidad.

AMELIA

¡Mis faltas! ¡Muy bien! ¿Y las de los demás? ¿Rafael no tiene ninguna falta, verdad? Me rebaja ante la sociedad teniendo una querida, dando motivos para que todo el mundo tenga razón sobrada para compadecerse de mí, que es el daño mayor...

RAFAEL

Entrando

¡No es verdad eso! Nadie te compadece. Tal vez a mí me compadezcan de verdad. Más ya termina todo, no te apures. Ahora mismo he recibido la noticia más alegre de toda mi vida: me voy de España, no sé por cuanto tiempo, a estudiar a Alemania. Era un puesto que ambicionaba de verdad, y hoy, cuando menos lo esperaba, si que tal vez cuando más lo necesitaba, me lo conceden.

AMELIA

Eso es una comedia mal urdida.

RAFAEL

No me interesa tu opinión, ni por ella pienso molestarme.

Pausa.

Ya lo sabes, Fernando. Mañana saldré para Alemania. ¿Deseas algo?

FERNANDO

Pero... ¿es cierto?

RAFAEL

Léelo. Una carta del presidente de la Diputación.

AMELIA

Eso, eso es mentira, ¡mentira! Lo que tú deseas es irte con ella. con... ésa, con tu querida, con esa mujerzuela. Eso es todo. Ese es tu enredo, el viaje, el estudio. ¡Eres un miserable!

RAFAEL

¡Calla, calla! ¿Qué dices? ¿Estás loca? No necesitoirme con nadie. Me voy solo... por no vivir bajo este techo que acaso no me pertenezca, pero que yo he hecho todos los posibles por ennoblecerle. Injúriame, fátame cuanto quieras, pero deja en paz a una mujer que, aunque en plena desgracia, no es mala como otras. Esa mujer no es mi querida porque yo no lo quiero, porque sé comportarme como quien debo y soy. ¡Pero debiera serlo!

FERNANDO

¡Cómo!

RAFAEL

¡Pero debiera serlo, repito! Cuando un hombre quiere tener su hogar lleno de honradez y de belleza, lleno de esa belleza y honradez que dá el trabajo y la modestia y la tranquilidad, no lleno de esos pareceres y esos lujos y esa intranquilidad que dá el orgullo, y a pesar de hacer todos los posibles para conseguirlo, no solamente deja de adquirirlo, sino que halla insultos, incomodidades y disgustos, ¿qué debe hacer?

AMELIA

Separarse de la mujer si le molesta tanto.

FERNANDO

Para éso hay leyes.

RAFAEL

¡Leyes! ¿Qué leyes son ésas? Leyes pobres que atan

más fuerte y martirizan más. No. Cuando un hombre se encuentra como yo, debiera hacer lo que vosotros suponéis: buscar en otra parte el amor que no encuéntra en su casa... Pero no alarmaros. Yo soy de los cobardes. No tengo la valentía de llevarlo a la práctica.

FERNANDO

Nunca creí que tenías esas ideas.

RAFAEL

Pues desde hoy lo sabéis, Debiera llevarlas a la práctica. Pero no las llevo. Reconozco en mí una cobardía. Me conformo con la separación,

AMELIA

Por mí, cuando deseas,

RAFAEL

Desde ahora mismo. Pero no se trata de una separación judicial, sino particular. Mañana marcharé a Alemania. Ya podrás quedarte tranquila por algún tiempo. ¿Para qué dar más carne a las fieras? A nuestros conocidos les gustaría mucho el espectáculo de nuestra separación judicial. No la creo necesaria ni conveniente. Afortunadamente puedes vivir sin mí. Separémonos y nada más. Los años saben mucho y ellos nos harán sabios.

FERNANDO

¡Eso no puede ser!

RAFAEL

Sí que puede ser. Y además debe serlo. ¿Para qué

esa tiranía? Los dos no podemos vivir juntos. Ella piensa de una forma, yo de otra... Cada uno por su lado vivirá mejor.

AMELIA

Sobre todo vivirás más libre, con más libertinaje.

RAFAEL

Con un poco más de libertad solamente. Ya que las leyes no me la conceden me la tomaré yo

FERNANDO

¿Deseas vivir fuera de las leyes?

RAFAEL

Tal vez... No es nada extraño. ¡Viven tantos! ¡Y acaso sea la verdadera vida, porque... escuchar. Hace algunos años, cuando os conocí y nos enamoramos, vivía fuera de las leyes... Mal estudiante, abandoné los libros y me dí al juego, a la vagancia, al vicio. Entonces encontré amor, alegría, belleza... ¡Viví bien! Después] quise regenerarme. Por tí quise ser otro, vivir con leyes, como los hombres verdaderos... ¡Y mirad a donde me han traído las leyes!

FERNANDO

Esa no es una razón.

AMELIA

Es tu propio egoísmo.

RAFAEL

No os discuto porque ya me he cansado de dis-

cutir. Pero oidme por última vez. ¿Os acordáis de don Emilio, nuestro amigo, ese pobre viejecito padre de Encarnación?

FERNANDO

¿También vas a defender a Encarnación?

RAFAEL

Defenderla no. ¡Para qué!, si no voy a encontrar sino críticas malas. Pero el caso de ella es parecido al mío, y puede ser el fin de esta mala comedia que hace con nosotros la vida. Don Emilio, después de consultarme una tarde y de hacer yo cuanto podía por regenerarla, la echó de casa, porque pudo más la murmuración de las gentes que su amor de padre. Corrió el tiempo y una mañana, Encarnación, pesarosa de sus malas acciones, volvió arrodillada a los pies de su padre pidiéndole perdón, jurándole que sería buena, como una nueva María de Magdala. Su padre, no quiso escucharla, la abandonó de nuevo... y Encarnación volvió a su vida, a su vida mala, a la vida sin leyes... Nada más...

FERNANDO

Quieres decir que tú también piensas volver a vivir como vivías antes...

RAFAEL

No. Ya no puedo. Para volver allá hace falta un corazón muy grande... Y yo al marcharme a Alema-

nia, noto que le he ido dejando aquí poquito a poco... Voy a preparar todo...

Medio mutfs.

FERNANDO

¿Qué haces Rafael?

RAFAEL

Desde la puerta:

Lo que tú me has enseñado: tener tranquilidad.

Sale

Amelia, como el que resucita, cambia en un instante y mira asustada por donde Rafael salió.

Después, como si algo divino se hubiese posado en su corazón. ablandándole, rompe en llanto abrazada a su hermano.

FERNANDO

¡Llora, llora, que tal vez esas lágrimas nos devuelvan a todos a la vida!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

AÑO MLMXXVI

PORTADA: GRABADO EN MADERA,

POR FORTUNATO JULIÁN

OBRAS DEL MISMO AUTOR



FLOR DE CARDO, (Teatro).

PARLERÍAS, (Cuentos).

LA ETERNA PRIMAVERA, (Narraciones, prólogo
de Emilio Carrére).

DE ELLAS Y PARA ELLAS, (Prosas locas).

LOCOLAURO, (Cuento).

PELUJOS (Novela).

LA CONQUISTA DEL DURO, (Novela).

CUANDO EL INVIERNO LLEGA, (Novela).

LA BELLA MALDAD, (Novela).

PROSAS LOCAS.

¡ESE...! (Teatro).

EL HOMBRE QUE MÁS AMÓ, (Novela)



